

DE
TORRES
Y
DRAGONES

Sixto de la Llave Casillas

© Copyright 2016 Sixto de la Llave Casillas
Todos los derechos reservados.

Por deferencia del autor se permite fotocopiar partes de
este libro con finalidad únicamente didáctica.

ISBN-10: 1537355104
ISBN-13: 978-1537355108

Dedicatoria

Esta novela va dedicada a todas las personas que me quieren y con su cariño me ayudan a seguir adelante en este camino tan tortuoso que es la vida.

En especial quiero dedicársela a esas mujeres tan especiales que tengo la suerte de contar entre mi familia, como son: Dolores, mi madre; Estefanía y Fátima, mis hijas; María Luisa, mi esposa. Sin su ayuda no hubiera sido posible escribir ni esta novela ni nada de lo que he escrito. Especial es también la dedicatoria a Saúl, mi hijo, que me deleita con su compañía en ciertos momentos haciendo de ellos recuerdos inolvidables.

Quiero dedicársela también al resto de familia, que aunque no escriba sus nombres en el papel, tengo mi cariño hacia ellos grabado en mi corazón. Y por último aunque no por ello menos importante a mis compañeros de trabajo y a todo aquel que se considere mi amigo pues si a algo tengo verdadero aprecio es a la amistad, ese bien en desuso que todos deberíamos cultivar.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1 ^o	Página	1
CAPÍTULO 2 ^o	Página	17
CAPÍTULO 3 ^o	Página	23
CAPÍTULO 4 ^o	Página	27
CAPÍTULO 5 ^o	Página	35
CAPÍTULO 6 ^o	Página	49
CAPÍTULO 7 ^o	Página	55
CAPÍTULO 8 ^o	Página	71
CAPÍTULO 9 ^o	Página	79
CAPÍTULO 10 ^o	Página	97
CAPÍTULO 11 ^o	Página	103
CAPÍTULO 12 ^o	Página	111
CAPÍTULO 13 ^o	Página	123
CAPÍTULO 14 ^o	Página	135

No saber lo que ha sucedido antes de nosotros es como ser incesantemente niños.

Cicerón

Escritor, orador y político romano (106 AC-43 AC)

DE TORRES
Y
DRAGONES

SIXTO DE LA LLAVE CASILLAS

CAPÍTULO 1º

El Campus iba quedándose vacío, Roberto, con un gesto nervioso, se apartó ese bucle castaño que, indomable, le caía graciosamente a un lado de la frente resaltando sus ojos vivaces, también de color castaño, y que junto a su cuidada vestimenta, le daba ese aspecto personal que las chicas denominaban como encantador y los chicos como *pijo*. Miró una vez más la hora en su *BlackBerry*. Ya hacía más de cuarenta minutos que acabó su clase de biología y ardía en deseos de llegar a casa para preparar las maletas. Al día siguiente, saldría de viaje junto con su familia al pueblo de los abuelos. Iba a pasar allí el fin de semana y tenía unos planes importantísimos para él en su último curso de carrera. Claro está que, para todo eso, era imprescindible que Josito, más conocido por todos como

Tera, cumpliera su palabra y llegara a la cita; cosa que Roberto iba dudando progresivamente al pasar los minutos y no dar éste señales de vida.

Marcó su número de teléfono una vez más. Una voz femenina le respondió al otro lado "...información gratuita de... el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor inténtelo..." ¡Colgó con rabia! ¿Cómo era posible que *Tera*, un genio de la informática y las nuevas tecnologías, tuviera siempre su teléfono móvil desconectado? Recordó a su abuelo recitando sus refranes "En casa del herrero, cuchillo de palo" ¡Qué lento pasa el tiempo cuando se espera con impaciencia! Levantó la vista hacia la explanada del aparcamiento del campus e inmediatamente su expresión cambió dibujando una sonrisa.

Un viejo Suzuki Santana color rojo y blanco entraba en los aparcamientos y seseaba dudando en la elección del lugar para estacionar. Eligió uno próximo al lugar donde esperaba Roberto. El conductor paró el motor, bajó del coche con un pequeño salto y cerró dando un portazo que hizo temblar las chapas del pequeño todo terreno. Tera tenía el aspecto totalmente opuesto a Roberto. Vestía de manera descuidada, el pelo moreno le caía en desorden casi hasta la altura de los hombros, y escondía su cara mofletuda detrás de unas aparatosas gafas de pasta color negro.

—¡Qué gozada tío, todos los aparcamientos para mí solito! Estoy por hacer una foto y guardarla para la posteridad.

—Ya pensaba que no venías, llegas casi una hora tarde, espero que hayas conseguido todo lo necesario.

Tera, señalándose la cabeza con aire de suficiencia y con una solemnidad fuera de tono, exclamó:

—Todo lo que yo necesito son cuatro cables y ésta—se golpeó repetidas veces la sien derecha con su dedo índice—, la máquina de pensar, bueno y dos o tres cosillas más. Sube que te cuento mientras vamos hacia tu casa.

Caminaron hasta el coche, que permanecía con las ventanillas bajadas. Roberto abrió la puerta del copiloto y se sentó, no sin antes tener que apartar una bolsa con “cosas”: dos o tres destornilladores, un manual sobre energía solar y la caja vacía de una tarjeta de memoria.

—¿Cómo tienes el coche así de guarro y de desordenado?

—Hombre, sucio sí está, pero desordenado no lo veo, yo encuentro las cosas cuando las

busco. Por lo tanto, cada cosa está en su sitio.

—¡Joder, Tera! Ahora me sales con filosofías, ¡No hay quien te aguante!

—No hay quien me aguante, no, a no ser... a no ser que la persona que me aguante, necesite de mis servicios para fabricar un equipo de vigilancia que grabe el proceso de cría de un águila real. Proceso que presentará como colofón a sus estudios de biología y el cual le dará un prestigioso *caché*, mientras el pobre Tera queda sumergido en el olvido hasta la próxima vez que me necesites.

—¡Venga Tera, no me jodas! ahora vas a ser la víctima, cuando dijiste que para ti era también un desafío. ¡Y mira los semáforos, que te has saltado dos en rojo!

Tera miró a Roberto con aire de resignación y tras hacer un lento vaivén con su cabeza dijo:

—Voy a contarte cómo he conseguido el material, ya que tú no lo preguntas. Cuando acabe me dices si me lo he currado o no.

—Para el proyecto necesitamos una cámara para grabar, un ordenador para recibir la señal y un disco duro que puede ser el del ordenador siempre que tenga suficiente capacidad. Hasta ahí todo parece fácil, si a esto le añadimos que se necesita una inteligencia privilegiada como la mía (ten en cuenta que yo no tengo abuela que me alabe por eso, lo hago yo solito), con esto ya no es tan fácil la cosa, pero si a esto añadimos que el nido del águila está en un risco inaccesible a varios kilómetros de distancia de la “civilización”, que como recordarás de otras veces, civilización es...

—Sé perfectamente lo que es la civilización —contestó cansinamente Roberto—, para ti civilización es cualquier lugar desde donde tengas acceso a: electricidad, agua caliente, Internet y cerveza fresca.

—Exacto, ni yo mismo lo describiría mejor. Pues viendo esto, me ha surgido un problema. Si la grabación se va a llevar a cabo durante cuatro o cinco meses ¿dónde encuentro yo una cámara con batería suficiente para más de cien días seguidos? ¡Imposible! eso es imposible.

—Entonces ¿Quieres decir que no va a ser posible realizar la grabación durante todo el proceso, desde la puesta de los huevos hasta que abandone el nido?

—Yo no he dicho eso, *estudiabichos*, he dicho que es imposible, imposible significa que solo podemos hacerlo dos en este mundo: La

Virgen de Lourdes y yo. También hay gente que lo llama “milagro”.

—¡Venga Tera, suéltalo ya, me estás estresando!

—Cuando te vas a estresar es cuando te cuenta cómo voy a conseguirlo. Verás, lo del disco duro del ordenador ya lo tengo resuelto, he preparado un netbook especialmente para ello. Vamos a montar un kit de televigilancia de 3 cámaras formado por un servidor web de vídeo *FlexWATCH* que conectaré a un disco duro de 700 Gigas. ¿Qué conseguimos con esto? Por una parte tendremos vigilado el nido y las otras dos cámaras abarcarán la perspectiva desde el entorno, para ver cómo traen los padres la comida a los pollos o al pollo porque creo que solo sobrevive uno. ¿No es así?

—Bueno, eso suele suceder a menudo sobre todo cuando la caza escasea. No hay comida

para los dos y antes de criar dos pollos debilitados prefieren sacar adelante uno solo pero capaz de perpetuar la especie ¡La naturaleza es sabia, amigo Tera!

—Déjate de rollos biológicos y escucha. Estas cámaras estarán pasando las imágenes permanentemente a Internet y, a la vez, nos permitirán manejar el netbook desde casa o desde donde queramos.

—Te dije que mi presupuesto es muy limitado y esto tiene pinta de salirse de madre.

—¡Querido Roberto! ¿Para qué estamos los amigos? La mayoría de lo que necesito lo he *cogido prestado*, es un préstamo que me hace la humanidad a cambio de contar con mi maravilloso cerebro.

—¡No me digas que has robado el material!— le espetó furioso Roberto.

—Eh, eh, no confundas los términos, ha sido solo parte del material y no lo he robado, te he dicho que la humanidad me lo ha prestado muy amablemente.

—En este plan yo me siento culpable Josito, me siento cómplice de un robo.

—¡Y Dale!, además me llamas Josito, esto no me gusta. Con tanto como estoy poniendo “desinteresadamente” en tu proyecto solo por ayudar a mi amigo Roberto, a ti.

—Mira Tera, me importa un rábano lo que piensas sobre la amistad, pero te voy a aclarar algunas cosas. Primero, me gusta hacer las cosas legales; Segundo, te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, y en lo de “desinteresadamente” creo que tienes algún interés aunque no sea económico ¿o no?

—¡Que no, Roberto! no te vayas a creer que hago todo esto por impresionar a tu hermana, ni por pasar este fin de semana y las vacaciones de Semana Santa con ella. Tú sabes que yo no necesito ganar puntos con Elena, sé que se siente bien a mi lado por eso, “salimos” de vez en cuando.

Roberto lanzó una mirada socarrona y no pudo evitar una sonora carcajada que contagió a Tera.

David se removía inquieto en el sillón de su despacho. Tenía abierto el portátil y trataba de diseñar un folleto promocional de su nuevo negocio. Tras acabar sus estudios de magisterio de educación física, había montado una pequeña agencia de contratación de actividades multiaventura. La ubicación era perfecta, el lugar escogido como domicilio fiscal era el pequeño pueblo

en el que pasó la mayor parte de su infancia, el entorno era ideal para su proyecto. Entre Castilla y Extremadura, con el río Tajo discurriendo a escasos metros de la población, rodeado a pocos kilómetros de sierras como Gredos, Las Villuercas y Los Montes de Toledo. La situación era idónea para la práctica de actividades de ocio y tiempo libre. Ahora quedaba lo más difícil, promocionar el negocio. En eso estaba y el maldito cartel de promoción no acababa de gustarle. Quería crear un evento en varias redes sociales, tenía que ser un cartel impactante, que llamara la atención y a la vez despertara la curiosidad del público.

Cambió otra vez de postura, lo suyo no eran los despachos, estaba claro. Se definía a sí mismo como una persona de espacios abiertos. Las paredes le agobiaban, aunque estuvieran como en este caso decoradas con magníficos pósters en los que

aparecían espacios naturales de singular belleza.

El teléfono rompió con su repetido timbre la opresión que sentía. David descolgó ansioso.

—*Multiaventura David ¿Dígame?*

—¡Oiga! No sé si llamo al sitio correcto, quería contratar una escalada al Himalaya con guías, un helicóptero de apoyo, tres porteadores

—¡Roberto! he tardado en reconocer tu voz, no me vengas con esas bromas hombre, que estoy empezando en el negocio y ardo en deseos de recibir alguna llamada contratando algo, no al Himalaya, por supuesto, me conformo con algo más asequible.

—Pues lo mismo tienes suerte y te contrato una excursión al campo.

—Hombre, para ir contigo no hace falta contratar nada, vamos a recordar nuestras correrías infantiles y de paso hablamos. ¿Qué es de tu vida? solo sé de ti por los comentarios de *Twitter* o el *Facebook* pero ni un solo *mail*, ni una llamada, ni un *whatsapp*.

—Pues mira, estoy aquí en el pueblo, acabo de llegar. He traído unos amigos, pero mejor pasamos a ver tu nueva oficina para que los conozcas y ya te cuento.

—Me parece estupendo, hago un par de cosas que tengo pendientes y en una hora, o así, os espero. ¡Hasta luego!

David colgó para descolgar de nuevo y marcar un número mientras jugueteaba inquieto golpeando la mesa con un rotulador. El tono de llamada se repitió varias veces hasta que una voz femenina contestó al otro lado.

—¿Dígame?

—¿Qué tal está la restauradora más guapa del reino?

—Hola David, aquí estoy, trabajando, bueno, mejor diría que rematando. Estoy tapando el retablo con una redecilla, no vaya a ser que durante este fin de semana se le ocurra a alguien tocar y me estropee el trabajo de las últimas semanas.

—Marina, cielo, te llamaba porque acabo de hablar con Roberto, está aquí en el pueblo, dice que viene con unos amigos y se pasarán en un momento por aquí. Si te apetece vienes y así les conoces, si no estás muy ocupada, claro está.

—Me parece bien, pero luego voy a necesitar la mano de un hombre fuerte como tú para ayudarme a mover los andamios, quiero dejar la estructura montada y arrimada al retablo

para que el público no pase junto a ellos. Los alumnos de la escuela taller no pueden ayudarme, han acabado su horario y ya no vuelven hasta el lunes.

—Bien, luego pasamos por allí y te ayudo. Ahora te espero aquí en la oficina. Un beso para mi restauradora.

—Otro para mi empresario.

David miró impotente la pantalla de su portátil, echó un último vistazo al proyecto del cartel y, con gesto de resignación, puso el cursor del ratón sobre el aspa de la esquina superior derecha e hizo clic sobre él. Inmediatamente un mensaje apareció en la pantalla “El documento actual se ha modificado ¿Desea guardar los cambios?”, cliqueó nuevamente sobre “NO”, cerró el portátil y se dispuso a esperar recreándose en las imágenes que adornaban la pared.